

rubor.—Pongo vuestro interés en contrapeso con cuanto hasta la fecha más he querido en la vida, ¡y os quejáis de que os tenga en poco!

Rascolnikof sonrió. Razumikin hizo un gesto; pero la contestación de la joven no calmó á Lugin, que á cada instante tornábase más arrogante é intratable.

—¡El amor al esposo, al futuro compañero de la vida, debe ser superior al fraternal!—declaró sentenciosamente.—Y en todo caso, no puede ser comparado á él. Aun cuando haya dicho hace poco que no quería ni podía explicarme en su presencia sobre el principal objeto de mi visita, hay un punto, para mí muy importante, que desearía poner en claro ahora mismo con vuestra honorable madre. Vuestro hijo—continuó, dirigiéndose á Pulqueria Alexandrovna,—ayer, en presencia del señor Razumikin, me ofendió por la manera de alterar una frase por mí pronunciada, cuando tomé café en vuestra casa. Había dicho que, á mi entender, una joven pobre y ya probada por la desgracia, ofrecía al marido más garantías de moralidad y de dicha que otra criada en la abundancia. Vuestro hijo, con deliberado propósito, dió un sentido absurdo á mis palabras, atribuyéndome intenciones odiosas, y presumo que para hacerlo se basó en una carta vuestra. Gran satisfacción sería para mí que me probarais que me equivoqué. Decidme exactamente en qué términos reprodujisteis mi pensamiento, al escribir á Rodion Romanovitch.

—No lo recuerdo—contestó con embarazo Pulqueria Alexandrovna.—Lo expresé como lo comprendie-

ra. Ignoro cómo Rodiá ha repetido tal frase. Posible es que haya alterado los términos.

—No pudo hacerlo sino inspirándose en lo que vos le escribierais.

—Pedro Petrovitch—replicó Pulqueria Alexandrovna con dignidad,—la prueba de que Dunia y yo interpretamos vuestras palabras del mejor modo, está en que aquí nos hallamos.

—¡Muy bien, mamá!—aprobó la joven.

—¡Luego yo soy el culpable!—dijo, ofendido, Lugin.

—Siempre acusáis á Rodion. Y vos mismo, en vuestra última carta, le habíais atribuído un hecho falso—prosiguió Pulqueria Alexandrovna, notablemente confortada por la aprobación de su hija.

—No creo haber escrito nada falso.

—Según vuestra carta—declaró Rascolnikof, sin volverse hacia Lugin,—el dinero que ayer dí á la viuda de un hombre aplastado por un coche, se lo entregué á su hija (que entonces me veía por vez primera). Habéis escrito esto con la intención de indisponerme con mi familia, y, para mejor conseguirlo, calificasteis del modo más innoble la conducta de una joven á quien no conocéis. Eso es una vil difamación.

—Perdonadme, caballero—replicó Lugin, tembloroso de cólera.—Si en mi carta me extendí respecto á lo que os concierne, fué únicamente porque vuestra madre y vuestra hermana me habían rogado que las dijera cómo os encontraba y qué impresión recibía de vos. Por otra parte, os desafío á que señaléis una falsedad en el párrafo á que aludís. ¿Negaréis que mal-

gastasteis vuestro dinero, y, en cuanto á la infeliz familia de que se trata, osaríais garantizar la honradez de todos sus individuos?

—Mi opinión es que, con toda vuestra moralidad, no valéis lo que el dedo meñique de la pobre joven contra quien lanzáis la piedra.

—De consiguiente, ¿no vacilaríais en relacionarla con vuestra madre y con vuestra hermana?

—Lo hice ya, si deseáis saberlo. La he invitado para que hoy venga á sentarse junto á ellas.

—¡Rodia!—exclamó Pulqueria Alexandrovna.

Dunetchka se ruborizó; Razumikin frunció el ceño; Lugin sonrió de modo despectivo.

—Juzgad vos misma, Advotia Romanovna, si el arreglo es posible. Espero que sea asunto concluído, y que de él no se volverá nunca á tratar. Me retiro, para no ser más tiempo un estorbo en vuestra reunión de familia; por otra parte, creo que tenéis algunos secretos que comunicaros (se levantó y tomó el sombrero). Pero permitidme deciros, antes de marcharme, que deseo no verme expuesto en lo sucesivo á altercados semejantes. A vos, Pulqueria Alexandrovna, os hago especialmente esta petición, tanto más cuanto que mi carta iba á vos dirigida.

Pulqueria Alexandrovna sintióse algo picada.

—¡Luego os creéis nuestro amo, Pedro Petrovitch! Dunia os dice el motivo por el cual vuestro deseo no ha sido satisfecho; sólo tenía buenas intenciones. Pero, en verdad, me escribís con un estilo demasiado imperioso. ¿Hemos de considerar cualquier deseo vuestro como una orden? Os diré, por el contrario, que ahora,

sobre todo, debéis tratarnos con miramiento y con respeto, porque nuestra confianza en vos nos trajo aquí, y de consiguiente, nos tenéis á vuestra disposición.

—Eso no es cierto, Pulqueria Alexandrovna, sobre todo desde el instante en que habéis tenido noticia de la herencia de Marfa Petrovna. Esos tres mil rublos llegan muy oportunamente, á juzgar por el nuevo tono que conmigo usáis—agregó Lugin.

—¡Tal observación haría suponer que especulasteis con nuestra miseria!—exclamó, irritada, Dunia.

—Pero ya no puedo especular con ella, y sobre todo, no quiero impedir que escuchéis las proposiciones secretas de Arcadio Ivanovitch. Por lo que veo, estas proposiciones tienen para vos un significado importante, hasta muy agradable quizá.

—¡Dios mío!—exclamó Pulqueria Alexandrovna.

Razumikin se agitó impaciente en la silla.

—¿No te da vergüenza, hermana mía?—preguntó Rascolnikof.

—Sí, Rodia, contestó la joven.

—¡Pedro Petrovitch, marchaos!—dijo, pálida de cólera, á Lugin.

Este último no esperaba semejante desenlace. Había contado mucho con su fuerza y con la impotencia de sus víctimas, y no podía dar crédito á sus oídos.

—Advotia Romanovna—dijote, con los labios temblorosos,—me marchó, pero tened por seguro que nunca volveré. ¡Reflexionad! ¡Sólo tengo una palabra!

—¡Qué impertinencia!—exclamó Dunia, saltando de su silla.—¡Pero si no quiero que volváis!

—¡Cómo!—gritó Lugin, tanto más desconcertado

cuanto que hasta el último instante había creído imposible la ruptura.—Bien, sea; pero sabed, Advotia Romanovna, que podría protestar.....

—¿Con qué derecho habláis de esa manera?—dijo con vehemencia Pulqueria Alejandrovna.—¿De qué podéis protestar? ¿Cuáles son vuestros derechos? ¡Sí! ¡Iba á entregarle mi Dunia á un hombre como vos! ¡Idos! ¡Dejadnos en paz! La culpa ha sido nuestra, por consentir en lo que es deshonroso; y sobre todo, yo.....

—Sin embargo, Pulqueria Alejandrovna—replicó, exasperado, Pedro Petrovitch,—me comprometisteis dándome una palabra que ahora retiráis..... y, en fin..... esto me ha ocasionado gastos.....

Esta última recriminación era tan propia del carácter de Lugin, que Rascolnikof, no obstante la furia que sentía, rompió á reír á carcajadas. Mas no ocurrió lo propio á Pulqueria Alejandrovna.

—¿Gastos?—replicó vivamente.—¿Aludís, acaso, á la maleta que nos enviasteis? Porque los billetes para el viaje los obtuvisteis gratuitamente. ¡Dios mío! ¡Pre-tendéis que os estamos obligadas! ¡Qué modo de alterar las cosas! Nosotros somos los que merecemos gracias, Pedro Petrovitch, no vos.

—¡Basta, mamá! ¡Basta, os lo ruego!—dijo Dunetchka.—¡Pedro Petrovitch, hacedme el favor de marcharos!

—Me marchó. Pero una última palabra—respondió, casi fuera de sí.—Vuestra mamá parece haber olvidado completamente que pedí vuestra mano en ocasión en que corrían ciertos rumores respecto á vos. Al de-

safiar á la opinión pública, al restaurar vuestra reputación, tenía motivos para esperar vuestro agradecimiento; hasta era de razón que contara con él..... Veo, por el contrario, que mi conducta no ha sido tomada en consideración, y que quizá obré mal despreciando la opinión pública.....

—Pero ¿es que queréis que os rompa la cabeza?—exclamó Razumikin, que se había puesto en pie para castigar al insolente.

—¡Sois un hombre ruín y malo!—dijo Advotia Romanovna.

—¡Ni una palabra! ¡ni un gesto!—dijo vivamente Rascolnikof, deteniendo á Razumikin.

Luego se acercó al otro, y hablándole casi al oído:

—¡Hacedme el favor de marcharos!—le dijo en voz baja, pero perfectamente distinta.—¡Y no hablemos más! De lo contrario.....

Pedro Petrovitch, con el rostro contraído por la cólera, le miró durante algunos segundos; en seguida giró sobre sus talones, y desapareció, llevando en el corazón un odio mortal hacia Rascolnikof, á quien imputaba su desgracia.

¡Cosa notable! Iba bajando la escalera, y aún se imaginaba que no estaba perdido todo irremediamente, y que un acuerdo con las señoras no sería del todo imposible.

Durante cinco minutos, estuvieron todos alegres; su satisfacción se traducía en risas. Sólo Dunetshka palidecía de cuando en cuando, y fruncía el entrecejo al recordar la anterior escena. Pero el más regocijado de todos era Razumikin. Su alegría, que aún no se atrevía á manifestar abiertamente, se revelaba á pesar suyo en el temblor febril de todo su cuerpo. Desde ahora debía dar su vida por las señoras, consagrarse á su servicio. . . . Repasaba, sin embargo, sus pensamientos, temiendo dar curso á su imaginación. En cuanto á Rascolnikof, inmóvil y serio, no tomaba parte en la alegría general; hubiérase dicho que su espíritu estaba en otra parte. Después de insistir para que se rompiera con Lugin, parecía ser la persona á quien aquella ruptura, ya consumada, interesara menos. Dunia no pudo menos de pensar si seguiría enfadado con ella, y Pulqueria Alejandrovna le miraba con inquietud.

—¿Qué es lo que te dijo Svidrigaylof?—preguntó la joven, acercándose á su hermano.

—¡Ah, sí!—apoyó vivamente Pulqueria Alejandrovna.

Rascolnikof alzó la cabeza.

—Quiere regalarte diez mil rublos y desea verte una sola vez en mi presencia.

—¡Verla! ¡Jamás!—exclamó Pulqueria Alejandrovna.—¿Y cómo se atreve á ofrecerla dinero?

Rascolnikof refirió (muý secamente) su entrevista con Svidrigaylof.

Dunia quedó en extremo sorprendida cuando supo en qué consistían las proposiciones de Svidrigaylof. Quedó pensativa.

—¡Sin duda tiene algún horrible proyecto!—se dijo, estremeciéndose.

Rascolnikof notó aquella agitación.

—Creo que tendré ocasión de verle alguna vez más—dijo á su hermana.

—¡Buscaremos su pista! ¡Le encontraré!—gritó enérgicamente Razumikin.—¡No le perderé de vista! Rodia me ha autorizado para ello. El mismo me dijo no hace mucho: “Vela por mi hermana.” ¿Consentís en ello, Advotia Romanovna?

Dunia sonrió y tendió la mano al joven; pero su rostro seguía expresando temor.

Pulqueria Alejandrovna la miró tímidamente; por otra parte, los tres mil rublos la habían tranquilizado en gran manera.

Un cuarto de hora después, se hablaba con animación. Rascolnikof, aunque silencioso, prestaba atento oído á lo que se decía. Usaba de la palabra Razumikin.

—¿Por qué os habéis de marchar?—decía.—Aquí estáis todos juntos y os necesitáis unos á otros. Aceptadme también como amigo, como consocio, y os aseguro que emprenderemos algo provechoso. Escuchad; voy á explicaros mi proyecto con todos sus detalles. Yo tengo un tío (ya os lo presentaré) que es un anciano gentil y respetable; este tío posee mil rublos de los

que no sabe qué hacer, pues cobra una pensión. Dos años hace que no cesa de ofrecerme esta suma al 6 por 100 de interés. Le adivino la intención: es una astucia suya para ayudarme. El año pasado no necesitaba dinero; pero este año esperaba la llegada del viejo, para aceptar su reiterado ofrecimiento. A los mil rublos de mi tío agregaréis mil de los vuestros, y ya tenemos formada la sociedad. ¿Qué negocio emprendemos?

Y desarrolló su proyecto. Según él, la mayoría de nuestros libreros y editores hacían malos negocios por no conocer su oficio; pero con buenas obras, se podía ganar dinero. Rascolnikof y él tenían en el cerebro algunas.

—Claro que habrá que trabajar mucho; pero trabajaremos; todos pondremos manos á la obra. Empezaremos modestamente, y poco á poco iremos arriba.

Brillaban los ojos de Dunia.

—Me gusta lo que proponéis, Demetrio Prokofitch—dijo.

—Yo, naturalmente, nada comprendo—agregó Pulqueria Alejandrovna.—Esa puede ser buena idea; Dios sabe. Lo que no cabe duda es que tenemos necesidad de permanecer aquí.... por algún tiempo—concluyó, mirando á su hijo.

—¿Qué te parece, hermano?—preguntó Dunia.

—El proyecto es excelente—respondió Rascolnikof.

—Podéis tener confianza en la capacidad de Razumikin. Sabe lo que se hace.... Por otra parte, aún hay tiempo de volver á hablar de eso.

—¡Hurra!—gritó Razumikin,— Ahora, escuchad.

Hay aquí, en esta misma casa, un cuarto separado é independiente del local en que se encuentran estas habitaciones; no cuesta caro, y está amueblado: tres piecitas. Os aconsejo que lo alquiléis. Estaréis allí muy bien, tanto más cuanto que podréis vivir juntos, conservando á Rodia á vuestro lado..... Pero ¿á dónde vas, Rodia?

—¿Cómo! ¿Te marchas ya?—preguntó inquietamente Pulqueria Alejandrovna.

—¡Ahora!—gritó Razumikin.

Dunia miró á su hermano con sorpresa y desconfianza. Se disponía á salir.

—¡Diríase que teméis una separación eterna! ¡Vaya, no me enterréis en vida!—dijo con aire extraño.

Sonreía, ¡pero con qué sonrisa!

—Después de todo, ¿quién sabe? quizá sea la última vez que nos veamos—agregó bruscamente.

Semejantes palabras salieron espontáneamente de sus labios.

—Pero ¿qué tienes?—dijo ansiosamente la madre.

—¿A dónde vas, Rodia?—preguntó Dunia, que en la pregunta puso una entonación particular.

—Necesito salir—respondió él.

Su voz era vacilante, pero su pálido rostro expresaba una decisión enérgica.

—Quería deciros.... cuando vine..... mamá, y á ti, Dunia, que lo mejor es separarnos por algún tiempo. No me siento bien, necesito descanso..... Volveré más adelante; volveré cuando..... sea posible. Conservaré vuestro recuerdo, y siempre os amaré..... ¡Dejadme! ¡Dejadme solo! Era ya mi inten-

ción..... Y mi propósito es irrevocable..... Ocurrarme lo que me ocurra, perdido ó no, quiero estar solo. ¡Olvidadme completamente! Es lo mejor..... ¡No pidáis noticias mías! Cuando sea preciso, vendré á veros..... ú os llamaré. ¡Quizá se arregle todo! Pero mientras tanto, si me amáis, renunciad á verme..... ¡Os aborreceré, de lo contrario! Lo conozco..... ¡Adiós!

—¡Dios mío!—gimió Pulqueria Alejandrovna.

Un espanto terrible se había apoderado de las señoras y de Razumikin.

—¡Rodia, Rodia! ¡Reconcíliate con nosotros, seamos amigos como antes!—exclamó la pobre madre.

Rascalnikof se dirigió lentamente hacia la puerta. Antes de llegar á ella, se acercó á él Dunetchka.

—¡Hermano mío! ¿por qué obras de esa manera con nuestra madre?—murmuró la joven, con ojos llenos de indignación.

Su hermano hizo un esfuerzo para mirarla.

—Esto no es nada, volveré—balbuceó á media voz, como hombre que no tiene conciencia de lo que dice.

Y salió del aposento.

—¡Egoísta, corazón de piedra, hombre sin piedad!—vociferó Dunia.

—¡No es un egoísta, es un a-lie-na-do! ¡Os digo que está loco! ¿Es posible que no lo veáis? Vosotras sois las despiadadas—murmuró vivamente Razumikin, inclinándose hacia el oído de la joven, cuya mano estrechó con fuerza.

—¡Vuelvo en seguida!—gritó á Pulqueria Alejandrovna, que estaba casi desfallecida.

Y se lanzó fuera del aposento.

Rascalnikof le esperaba en el corredor.

—Sabía que me seguirías—le dijo.—Permanece al lado de ellas, y no las abandones..... Hazlas compañía hasta mañana..... y siempre..... Yo..... quizá vuelva..... si hay medio..... ¡Adiós!

Iba á alejarse sin dar la mano á Razumikin.

—Pero ¿á dónde vas?—balbuceó éste último, estupefacto.—¿Qué tienes? ¿Por qué obras de ese modo.....

Rascalnikof volvió á detenerse.

—De una vez para siempre, te ruego que no me preguntes; ¡nada tengo que contestarte!..... ¡No vayas á verme! Quizá vuelva por aquí..... Déjame; pero á ellas..... “no las abandones.” ¿Me comprendes?

El corredor estaba oscuro; se hallaban cerca de una lámpara. Ambos se miraron en silencio por espacio de un minuto. Razumikin recordó toda su vida en aquel solo minuto. La mirada fija y ardiente de Rascalnikof, parecía querer penetrar hasta el fondo de su alma. De repente, Razumikin se estremeció y tornóse pálido como un cadáver. La horrible verdad concluía de aparecérselo.

—¿Comprendes ahora?—dijo súbitamente Rascalnikof, cuyas facciones se habían alterado horriblemente.—Vuelve á su lado—agregó.

Y andando rápidamente, salió de aquella casa.

Imposible describir la escena que siguió al regreso de Razumikin á la habitación de Pulqueria Alejandrovna. Como puede presumirse, el joven puso en juego todos sus recursos para tranquilizar á las dos señoras.

ras. La aseguró que, hallándose enfermo, Rodia necesitaba descanso; l s jur  que Rascolnikof no dejar a de ir   visitarlas; que le ver an todos los días; que estaba muy afectado moralmente; razón por la cual era preciso no irritarle; promet o velar por su amigo, confiarle   los cuidados de un buen médico, del mejor, y si era necesario, llamar a en consulta   las eminencias de la facultad. En resumen:   partir de aquella noche, Razumikin fué para las dos señoras un hijo y un hermano.

IV

Rascolnikof marchó directamente al canal, donde habitaba Sonia.

La casa, de tres pisos, era un viejo edificio pintado de verde.

No sin trabajo, el joven encontró al portero y obtuvo vagas indicaciones respecto á los aposentos del sastre Kapernaunof.

Después de descubrir, en un rincón del patio, la entrada de una escalera estrecha y sombr a, subió al segundo piso y siguió por la galería que daba al patio. Mientras andaba en la obscuridad, preguntándose por dónde entrar a en casa de los Kapernaunof, una puerta se abrió   tres pasos de él; as o una de las hojas con un gesto maquinal.

—  Quién va?—preguntó una perezosa voz de mujer.

—Soy yo. vengo   veros—respondió Rascolnikof.

Y entró en una pequeña antesala.

Sobre una mala mesa ardía un cabo de vela en un estropeado candelero de cobre.

—  Vos, señor!—dijo Sonia con voz débil, y sin fuerza, al parecer, para moverse.

—  Cuál es vuestro cuarto?   Este?

Y Rascolnikof pasó vivamente   la sala, haciendo un esfuerzo para no mirar   la joven.

Sonia le siguió con la vela en la mano, y par ose frente   él, presa de agitación indecible.

Aquella inesperada visita la turbaba, hasta la infundía miedo. De repente, su rostro pálido se coloreó, y de sus ojos brotaron las lágrimas. Experimentaba extremada turbación,   la que se mezclaba cierta dulzura. Rascolnikof se volvió en un rápido movimiento, y se sentó sobre una silla, cerca de la mesa. En un abrir y cerrar de ojos hizo el inventario de cuanto había en el aposento.

La habitación, grande, pero excesivamente baja, contenía pocos muebles: una cama, cuatro sillas, una mesa y una cómoda; todo denotaba pobreza.

Sonia contemplaba silenciosa al visitante que examinaba su aposento con tanta atención y tranquilidad. Por último, se echó   temblar de miedo, como si se hallara ante el árbitro de su suerte.

—Vengo   vuestra casa por última vez—dijo tristemente Rascolnikof, aparentando olvidar que era la primera vez que iba.—Quizá no os vuelva   ver.

—  Vos!   Os march ais?